

Volumen XI

Junio 1.º de 1915

Número 105

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

Imprenta Eléctrica. 168, calle 10

MCMXV

Contenido

Federico Mistral, el Homero de Provenza.....	JOSÉ LUIS PERRIER
Balmes en América.....	JUAN MARAGALL
Ricardo León en la Academia.....	JUAN A. ZULETA
Actos oficiales. Informe del Rector.	
Angelus.....	JORGE RUBIO MARROQUÍN
La tolerancia legítima.....	FÉLIX RESTREPO, S. J.
En la muerte de la señora doña Sofía	
Mallarino de Cárdenas Piñeros....	ANTONIO OTERO HERRERA
Cuentos para estudiantes.....	R. M. C.
Bergson en el Índice.....	P. M. VÉLEZ
A la BORDADITA.....	E. ANÍBAL BARROS
Arte poética de Quinto Horacio Flaco	JOSÉ JOAQUÍN CASAS
Bodas de plata del señor Rector.	
Algo de historia de la filosofía moderna.....	JOSÉ TOMÁS ESCALLÓN
Daniel Restrepo.	
Variedades.	

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, junio 1.º de 1915

FEDERICO MISTRAL

EL HOMERO DE PROVENZA

Hace ya un año que murió Federico Mistral, y el pesar de todas las naciones latinas es tan profundo hoy día, como lo fue en ese 25 de marzo de 1914, en que anunciaron los periódicos del mundo civilizado el infausto suceso.

Nunca olvidaré el momento en que llegó a mi conocimiento la noticia de la muerte del gran poeta. Tenía Mistral ochenta y tres años; y, por dos años a lo menos, su salud había seguido empeorándose cada día. Y sin embargo, cuando me convencí de que había salido ya de este mundo, sentí en mi alma el frío del invierno, y me pareció que delante de mí se agitaba, horrible e informe, la sombra de la muerte.

Había pasado ya a mejor vida el venerable patriarca, nuestro maestro, nuestro modelo; el hombre que, nacido en el siglo decimonono, en medio de la más prosaica lucha por la vida y la riqueza, nos había hecho oír los sublimes acentos de los griegos antiguos; un Homero en nuestros días; un hombre que, semejante a los sabios de antaño, desdeñó la riqueza y el poder, prefiriendo a la carrera la más gloriosa, según el mundo, una vida de campesino; un hombre, en fin, que, hallándose en un siglo de escepticismo y de infidelidad, no temió proclamar a la faz del mundo su fe de cristiano y de católico.



Y este poeta, quizás el más grande poeta del cual se honre Francia, no escribió en francés.

Bien se sabe que la lengua provenzal, o lengua de oc, es, como las lenguas castellana e italiana, uno de los idiomas modernos derivados del latín. Llegó a ser lengua literaria en época muy remota, y ya podía gloriarse de una literatura propia cuando las lenguas sus hermanas apenas empezaban a balbucir. En la gloriosa época de las cruzadas, los trovadores celebraban el amor con armoniosas notas, y, al oír sus cantos llenos de ritmo y de armonía, se olvidaban por un momento los guerreros del ruido de las armas y del horror de las batallas.

Llegó luego la guerra contra los albigenses; esta lucha sin piedad, del norte contra el sur; y fue destronada la lengua de los trovadores por su hermana menor la lengua de oil, que pronto llegó a ser la lengua oficial de todo el reino de Francia.

Sin embargo, la lengua provenzal no desapareció, pero poco a poco se vio desterrada de las ciudades y de las escuelas; y a mediados del siglo décimonono, pobre reina decaída, se había olvidado de su antigua gloria y se consideraba como un idioma inculto.

Entonces ocurrió uno de los hechos más sorprendentes que nos ofrece la historia de la literatura. Un idioma que, desde el punto de vista literario, podía considerarse como muerto, salió del sepulcro, animado por el soplo poderoso de algunos gigantes; y hoy día la lengua provenzal puede gloriarse de una literatura rica y fecunda, que se estudia en las más importantes universidades del mundo entero, y que no se cansan nunca de admirar los amantes de lo bello literario.

Federico Mistral nació en Maillane, pequeña aldea de Provenza, en el día 8 de setiembre de 1830. No lejos de Aix, antigua capital del reino de Provenza, no lejos de Aviñón, la ciudad de los papas, se halla Maillane, en una llanura ancha y hermosa, la cual se extiende sin límites en todas las direcciones, excepto al sur, donde la

limita esta última prolongación de los Alpes, conocida con el nombre de montañas alpinas. Detrás de las Alpinas, la inmensa llanura de Crau; y, un poco más allá, hacia el sur, la Camarga salvaje, rodeada por el Ródano y la mar, con sus hordas de caballos indómitos, que nunca acertó a someter la mano del hombre.

Después de pasar algún tiempo en la escuela de su pueblo natal, se trasladó Mistral a Aviñón, y finalmente completó un curso de derecho en la Universidad de Aix. Los clásicos griegos y latinos sin duda influyeron sobre su desarrollo poético. Es homérico por la idea y la ejecución su primer poema *Miréio*, que le valió el título de Homero de Provenza. Y sin embargo, más que a cualquiera escuela, debió Mistral su inspiración a la ambiente naturaleza y a las poéticas leyendas que lo rodearon desde la cuna.

Ocurrió, sin embargo, durante su vida de estudiante, un hecho que influyó poderosamente sobre su futuro desarrollo. Había permanecido Mistral unos pocos meses en una escuela dirigida por un tal Dupuy en Aviñón, cuando llegó de maestro a esta misma escuela un joven llamado José Roumanille.

Frisaba la edad de Roumanille en los treinta años. El más puro entusiasmo por la poesía provenzal le llenaba el corazón. Unos pocos años antes, había escrito versos en francés, y un día, deseoso de dar a sus amigos una idea de su talento poético, se los había leído. Se hallaba presente entonces la madre del joven poeta. Pero no conocía el francés sino de un modo muy imperfecto y no pudo llegar a entender los versos de su hijo. Y vio entonces Roumanille correr una lágrima sobre las mejillas de su anciana madre. "Madre," le dijo con una voz llena de emoción, "escribiré de aquí adelante versos que podrás entender." Con razón se ha dicho, pues, que la nueva poesía provenzal ha nacido de las lágrimas de una madre.

En la época que consideramos, había escrito ya Roumanille varios poemas deliciosos, los cuales, sin em-

bargo, no había dado a luz. Un domingo acompañó a la iglesia a los estudiantes de la escuela del señor Dupuy. Durante las vísperas se le ocurrió al joven Mistral el traducir en provenzal los salmos que estaban entonces cantando, y en un papel que tenía en su libro abierto, había escrito ya lo siguiente :

Que l'isop bagne ma caro,
Sarai pur : lavas me lèu
E vendrai pu blanc encaro
Que la tafo de la nèu (1).

Roumanille, que se hallaba detrás del joven poeta, le quitó el papel. Cuáles debieron de ser sus sentimientos al leer los hermosos versos del niño cuyo genio estaba tan lejos de sospechar, lo imaginará fácilmente el lector. Pero por cierto no lo imaginó Mistral poco ni mucho, y cuando, al volver de la iglesia, tuvo que aparecer delante del joven maestro, le corrieron escalofríos por todo el cuerpo al acercársele. Pero su temor no duró mucho tiempo. Le leyó Roumanille un poema de un volumen *Li Margarideto*, que acababa de completar. "No bien me había mostrado," dice Mistral, "estas hermosas flores del campo, fragantes con su frescura de la primavera, cuando un estremecimiento se apoderó de mí, y exclamé : Esta es la aurora que aguardaba mi alma para abrirse a la luz."

Pocos años más tarde, el 21 de mayo de 1854, Mistral y Roumanille, con otros cinco poetas provenzales, reunidos en el castillo de Font-Segugne, fundaron la sociedad conocida con el nombre de Felibrige, la cual, nacida en la humildad, se ha desarrollado tan poderosamente, y ha llegado a ser una academia de la lengua provenzal, con ramos numerosos y florecientes en el viejo y en el nuevo mundo.

El plan de los primeros felibres fue sencillo y modesto. En ese día memorable, que celebramos hoy día

(1) Asperges me hyssopo, et mundabor ; lavabis me, et super nivem dealabor.

como la aurora del renacimiento provenzal, estaban muy lejos de imaginar los poetas de Font-Segugne que se publicarían sus obras con notas para los estudiantes de las universidades alemanas. No pensaban que algún día existiría una *Société des Felibres* en la gran metrópoli americana. Quisieron tan solo crear para el uso y el gozo de los campesinos de la Francia meridional una literatura que pudiesen estos campesinos leer y apreciar.

Pocos fueron los estatutos de la sociedad naciente, escasas las reglas que se obligaron a los socios observar ; pero un mismo entusiasmo les palpitaba en el corazón y les aseguró el éxito final. Resolvieron purificar la lengua provenzal, eliminando de su seno voces extrañas que la influencia abrumadora del idioma oficial de la nación había introducido poco a poco en la boca del pueblo. Decidieron asimismo regularizar la ortografía de la lengua, en la cual reinaba la mayor confusión, y tomaron como norma la ortografía de los trovadores. Y para popularizar sus principios y diseminar entre el pueblo la buena semilla destinada a dar tan espléndida cosecha, fundaron una publicación anual, el *Armana Provençau*, que ha sido publicado regularmente desde entonces y ha traído cada año gozo e instrucción a los pueblos del sur de Francia.

Cinco años después de la creación del Felibrige, en 1859, completó Mistral su primer poema, *Miréio*. "Un gran poeta épico ha nacido entre nosotros," escribió entonces Lamartine en su *Cours familier de littérature*, "un verdadero poeta homérico en nuestro tiempo ; un poeta, nacido como los hombres de Deucalión, de una piedra de la Crau ; un poeta primitivo en nuestra edad decadente ; un poeta griego en Aviñón ; un poeta que de un dialecto ha creado una lengua, como creó Petrarca el italiano ; un poeta que de un habla vulgar ha hecho una lengua llena de imágenes y de armonía, llena de deleite para la imaginación y el oído. Uno creería que durante la noche, una isla del Archipiélago,

una Delos flotante, se había separado de su grupo de las islas griegas y jónicas, y había venido silenciosamente a unirse con la dulce Provenza, trayéndole uno de los cantores divinos de la familia de los Melesígenos.”

El asunto de *Miréio* es muy sencillo. Una rica joven provenzal se enamora del hijo de un pobre canastero. Los padres de la joven se oponen obstinadamente a la unión deseada. La joven, *Miréio*, completamente desesperanzada, huye al santuario de las Santas Marías (1) para obtener del cielo ayuda y consuelo. Camina todo el día bajo un cielo flamígero. El sol feroz de la Camarga arroja latigazos de fuego que le encienden el rostro y le caldean la cabeza. Queda herida de muerte la desgraciada y expira enfrente del altar, viendo en una visión celeste a las tres Marías que bajan del cielo para llevarla a un mundo mejor.

Con sujetotán sencillo, el poema contiene todo género de belleza. Ora es una melodía de la cual cada nota produce en el oído la impresión de la más dulce música; más allá, aparece la majestad del poema épico y nos llena el alma con un sentimiento indescriptible de admiración y de estupor. Ninguna descripción puede dar una idea de la belleza del poema. En la literatura general del mundo, hay unas pocas obras a cuya lectura el amante de lo bello, el que tiene una alma de poeta, se olvida a sí mismo, pierde toda idea de tiempo y de espacio, y absorto, arrebatado, en una especie de éxtasis sublime, se pierde en la contemplación de la belleza perfecta. *Miréio* es una de estas obras. La coronó la Academia francesa y escribió Gounod su famosa ópera *Miréio*, oída por vez primera en 1864.

Los estudiantes de la novela del siglo decimonono han todos sin duda oído hablar del furor que se apode-

(1) Santuario famoso, situado en la isla de Camarga, donde se veneran las tres santas mujeres que, según una tradición popular, vinieron a Provenza después de la muerte del Salvador.

raba de Gustavo Flaubert cuando se oía llamar el autor de *Madame Bovary*. Es un hecho extraño en la historia de la literatura el que tantos autores produzcan con su primer ensayo una obra maestra, el mérito de la cual se hallan después incapaces de igualar. Mistral es uno de esos autores. Escribió otros largos poemas en doce cantos: *Calendau* (1867), *Nerto* (1884), *Lou Puoémo dou Roso* (1897), *La Réino Jano*, tragedia (1890). Estos poemas tienen sin duda su mérito. *Nerto* fue premiada por la Academia francesa como *Miréio*; *Calendau* tiene páginas que pueden contarse entre las más sublimes del poeta; y sin embargo, Mistral es y siempre será “el autor de *Miréio*.”

Entre las obras de Mistral se hallan sin embargo dos que la grandeza de *Miréio* no debe hacernos olvidar. Una de ellas es una colección de poemas intitulada *Lis Isclo d'Or* (Las islas de oro). Estos poemas aparecieron en épocas diversas y en diferentes publicaciones, el primero llevando la fecha de 1848, el último escrito en 1888. Muchos entre ellos son verdaderas joyas literarias, y podrían figurar con honor en una antología general de la literatura. Es en este volumen donde hallamos el famoso *Saume de la Penitènci*, uno de los más notables poemas inspirados por la infausta guerra de 1870.

La otra obra de Mistral a que me referí, consiste en dos gruesos volúmenes intitulados *El Tesoro del Felibrige*, o sea *Diccionario de las lenguas provenzal y francesa*. Cuando los fundadores del Felibrige resolvieron el llevar a cabo el renacimiento de la lengua de oc, la necesidad de un diccionario de la lengua se hizo sentir inmediatamente, y se encargó Mistral de tan estupenda tarea. Uno podrá fácilmente imaginar con cuántas dificultades tropezaría en su ejecución si tiene presente a la mente el hecho de que no existía todavía ningún diccionario provenzal. Siguiendo el ejemplo de los filólogos rumanos, los cuales, cuando quisieron restaurar su lengua nativa, fueron a visitar a las más hu-

mildes aldeas para oírla hablar de la boca del pueblo, recorrió Mistral por varios años toda la tierra de Provenza, yendo con preferencia a las aldeas y a los campos, donde las influencias extrañas no se habían hecho sentir, a fin de oír su amada lengua hablada con toda su pureza. Gigantesca fue la tarea; increíble la cantidad de datos recogidos. Pues la obra contiene no sólo todas las palabras usadas en el sur de Francia, con sus acepciones diversas, las palabras equivalentes en otros idiomas latinos, su etimología; pero contiene también una gramática, con la conjugación de todos los verbos regulares e irregulares, los términos técnicos de las artes y ciencias, los términos científicos, los apellidos comunes en el sur, con su etimología, la explicación de los usos y costumbres, de las creencias y de las leyendas; y finalmente una colección completa de proverbios y refranes populares. Tal es la obra admirable que ocupó veinte años de una vida de poeta. La filología le debe a Mistral una deuda inmensa, pues él, sin ser filólogo, a fuerza de voluntad y de perseverancia, dio un monumenso tan prodigioso a la ciencia del lenguaje. Después de haber sido el Virgilio de la Provenza, llegó a ser su Littré.

Durante los últimos años de su vida, escribió Mistral sus *Memorias*, que fueron publicadas en provenzal y en francés en el año de 1906. La autobiografía de un grande hombre siempre lleva consigo un interés profundo. Echa una nueva luz sobre la obra del autor, haciendo de ella un todo viviente, impregnando con unidad los escritos de toda una vida.

Las *Memorias* de Mistral completan de un modo encantador la obra del poeta, y muestran a cada línea el entusiasmo del gran Felibre por la causa del renacimiento provenzal y por el desarrollo intelectual y moral de su querida Provenza.

JOSÉ LUIS PERRIER, Ph. D.

Colegial honorario

Nueva York, marzo de 1915.